

Del duelo de la madre al deseo del analista

From the mother's grief to the analyst's desire

Por Florencia Farías

RESUMEN

En el imaginario colectivo existe la idea del amor de una madre como un deseo puro, que hace de la madre un objeto insustituible por excelencia. Sin embargo no es esto lo que la clínica nos muestra.

La relación con la madre, suele representar un capítulo fundamental, reviviéndose en la transferencia. Puede tomar la forma de reclamos, ya sea por su exceso: posesiva o por su contrario: rechazante. Se trata de una decepción, resultado de su confrontación con la castración, que no produce resignación.

El trabajo se centrará en la intensa relación entre madre e hija, sosteniendo la hipótesis siguiente: al final de un análisis, algo de esta relación madre-hija se reedita, la analizante vuelve a reencontrarse con huellas del goce materno, será necesario entonces, realizar un nuevo duelo, un nuevo desprendimiento del objeto materno¹.

Serán necesarias sucesivas vueltas del análisis, o de la vida, para que esta poderosa ligazón-madre se vaya a pique.

SUMMARY

In people's imaginary exists the idea of the love of a mother like a pure desire, which makes the mother an irreplaceable excellent object. Nevertheless is not this what the clinic shows us.

The relation with the mother, usually represents a fundamental chapter, based in the transfer. It can take the form of claims, for its excess: possessive for his opposite: denying. It is a question of a disappointment, result of his confrontation with the castration, that does not produce resignation.

The work will centre on the intense relation among mother and daughter, supporting the following hypothesis: at the end of an analysis, something of this relation mother - daughter is re-edited, the analyzed returns to meet again with fingerprints of the mother possession, there will be necessary at the time, to realize a new grief, a new detachment of the mother object.

They will be necessary successive returns of the analysis, or of the life, in order that this powerful attachment - mother goes away apeak. To advance

Avanzar sobre ésta primera relación con la madre sería encontrarse con la castración del Otro Primordial. Aceptar dicha castración implicaría aceptar la propia. Hay una insistencia en los testimonios de pasantes mujeres del desgarro, de la separación con lo “Real del cuerpo de la madre”.

Palabras clave: Duelo - Estrago materno - Feminidad - Fin de análisis

on this one first relation with the mother would be to meet the castration of Basic Other one. To accept the above mentioned castration would imply accepting the own one. There is an insistence in the assistants' testimonies women of the tear, of the separation with the “Real of the body of the mother”.

Key words: Grief - Mother devastation - Femininity - End of the analysis

En el imaginario colectivo existe la idea del amor de una madre como un deseo puro, que hace de la madre un objeto insustituible por excelencia. Sin embargo no es esto lo que la clínica nos muestra.

Nos encontramos que en el análisis de las analizantes mujeres se acentúa otra cosa, nos traen sus reproches, y la madre aparece más como “acusada” que como abnegada.

La relación con la madre, suele representar un capítulo fundamental, reviviéndose en la transferencia. Puede tomar la forma de reclamos, ya sea por su exceso: posesiva, invasiva o por su contrario: por ser rechazante, indiferente. Pero también será motivo de reproches si aparece solícita y comprensiva por tornarse inolvidable.

Se trata de una decepción, resultado de su confrontación con la castración, que no produce resignación. Por el contrario, el reclamo se eterniza y conlleva cierta ilusión de que la próxima vez algo cambiará, para terminar generalmente con una nueva desilusión.

INTRODUCCIÓN

Parto de la tesis de que decirse “hombre” o “mujer” es un hecho de discurso, es decir simbólico, que hace marca en un cuerpo que podrá coincidir o no con el sexo anatómico. Son importantes los semblantes parentales en la constitución del niño como ser sexuado. El falo ordena la pulsión, da una común medida sin la cual un sujeto no puede identificarse a su sexo, ni responder a su *partenaire* sexual.

Lacan en *El Seminario 5. Las formaciones del inconciente* (Lacan, 1956)

remarca lo normativizante del edipo en relación a la asunción del sexo. El hombre asume el tipo viril, la mujer cierto tipo femenino. Esta vertiente está directamente vinculada a la función del Ideal del yo.

Es en tanto que la madre es privada por el padre del objeto de su deseo, que se plantea para el sujeto la cuestión de aceptar, de convertir en significante, esa privación de la que la madre es objeto. El niño la asume o no la asume, la acepta o rechaza. Este punto es esencial, nodal en el Edipo. La cuestión que se plantea es ser o no ser el falo; el sujeto debe elegir.

En la constitución temprana y en el devenir de un sujeto, quedan marcas de la temprana relación entre madre e hijo.

El trabajo se centrará en la intensa relación entre la madre y la hija mujer sosteniendo la hipótesis siguiente: al final de un análisis, algo de esta relación madre-hija se reedita, la analizante vuelve a reencontrarse con huellas del goce materno. Será indispensable entonces, realizar un nuevo duelo, un nuevo desprendimiento del objeto materno.¹ Semejante a lo que Freud plantea para el sujeto del duelo, quien tiene que cumplir una tarea que en cierto modo sería la de consumir por segunda vez la pérdida provocada por el accidente del destino del objeto amado.

El duelo fue categorizado por Freud a partir de 1920 como un enigma y un incurable.

Lacan, por su parte, plantea el duelo en relación al objeto *a* y a la privación. En *El Seminario 10 La Angustia* (Lacan, 1963), se refiere al lugar del doliente como objeto causa de deseo, que se resume en la siguiente aseveración:

“No estamos de duelo sino por alguien de quien fuimos su falta”.

En varios testimonios de analistas mujeres, en el dispositivo creado por Lacan: el Pase, se puede verificar esta marca de goce particular.

“Estos testimonios dicen mucho de la ligazón-padre pero también permiten el acceso a ese otro territorio que está más allá del padre, más allá de la ley. Testimoniará de ese encuentro que acontece por primera vez al final, con ese resto de la ligazón-madre” (Missorici, 2004, p. 3).

De ahí también la importancia de pensar que el final de la experiencia analítica, pasaje de analizante a analista, debe dirimirse en ese territorio. Eso es lo que le va a dar al análisis de una mujer su fin singular, eso con lo que ella se encuentra al final: ese incurable, ese resto de goce. Tal como lo encontramos en el testimonio de una pasante, quien durante las entrevistas realizadas con su pasador sueña con su madre ya muerta como forma última de desprenderse del resto de goce materno y transformarlo en “saber hacer con” esa marca proveniente de la ligazón- madre, la que deviene marca de analista (MISSORICI, 2004).

Duelo de madres e hijas

De la histeria a la feminidad van quedando en el camino, síntomas, quejas, dolores, madres agobiantes o ausentes, padres idealizados o impotentes y un goce, que en ocasiones, sienta un lugar de privilegio para su versión fálica, el asignado a un hijo. Cuerpo femenino -todo madre- que

exige otro parto, el que se efectúa en el tiempo de análisis. Intervención en lo real, que vía presencia del analista ejerce una sustracción de dicho goce. Lo que nos abre a otro interrogante: ¿Qué relación hay entre duelo y feminidad? Quizás la feminidad de las madres sea una condición necesaria de transitar, constituyéndose una llave maestra para la capacidad de estar en duelo.

Al principio el neonato no es un sujeto, sino un objeto. Objeto real, en las manos de la madre, quien más allá de lo que exigen los cuidados, puede usarlo como una posesión, desde donde el sujeto en cuestión deberá emerger como efecto de la palabra.

Freud nos dice que la mujer encuentra ante el vacío que la habita un “premio consuelo”: la maternidad. Entonces, mucho dependerá del lugar que el inconciente materno reservará a este objeto surgido en lo real.

Soler afirma que:

“En la mayoría de los casos es la solución materna a la falta fálica y es la manera como el niño está ubicado allí, lo que marcará su destino. Pero esto no excluye el impacto de las coyunturas de la vida y deja campo a la lectura que hará de ellos el niño, dependiendo de la interpretación que hará del discurso que lo rodea” (Soler, 2004).

El primer decir de la madre es elevado al estatuto del poder simbólico, es oráculo. El niño interroga al Otro materno sobre su deseo indecible, porque espera encontrar ahí la clave de su existencia, y la respuesta a la pregunta por lo qué es el para el Otro.

¿Cuál es el valor del amor de una ma-

dre, para la humanización de su hijo? Los cuidados del cuerpo no son suficientes: la humanización del niño pasa por un deseo no anónimo.

Solamente con esta condición, el niño podrá ser inscripto en un deseo particularizado.

La relación madre- hija está atravesada por pérdidas. La madre necesita al hijo, el hijo necesita ese tiempo de alienación al deseo materno, pero tanta proximidad requiere de la separación y esto implica poder atravesar tiempos de duelo.

Es frecuente en la clínica observar en mujeres, aun con años de análisis, un recrudecimiento marcado de los síntomas, frente a momentos vividos como pérdidas: crecimiento de los hijos, renuncia al cuerpo infantil, la partida del hogar paterno.

Duelo de madres, duelo de hijas, un duelo que es reversible, es decir, al hablar de una madre también se está hablando de una hija que habita en su inconciente.

Desde Freud

En el Edipo la niña debe hacer una doble pasaje: de zona, del clítoris a la vagina y de objeto: de la madre al padre, a quien busca como puerto donde refugiarse. Ya no demanda un pene a la madre, sino un hijo al padre, y luego será a un hombre, pasaje de la actividad a la pasividad, de amar a ser amada. Esto nos daría lugar a una primera fase fálica y una segunda fase específicamente femenina.

Lo que determinaría este pasaje es la decepción. La decepción que produce que la madre está castrada. La niña

culpa a la madre de su propia castración y esto produce un alejamiento.

Ese encuentro con la castración abre las puertas del Edipo femenino, mientras que la amenaza de castración hace que el varón salga del Edipo.

Sitiada por la ira, amenazada por el peligro de insatisfacción, la mujer freudiana encuentra el vacío afectivo en la maternidad. Freud hace de la mujer una madre.

El apartamiento de la madre se produce bajo el signo de la enemistad, la ligazón con la madre, nos advierte Freud, desemboca en el odio, lo que permite apartarse de ella. Una parte, se resuelve en territorio paterno, edípico. Pero hay otra que persiste toda la vida, queda atascada en territorio originario y bajo la égida del odio. En su texto "La feminidad" Freud afirma que:

"No es posible comprender a la mujer sino se tiene en cuenta esta poderosa vinculación de la niña a su madre" (Freud, 1933).

En esa relación con la madre se halla el germen de la personalidad posterior, funciona como germen paranoico en la histeria de la mujer, con relación al amor materno.

Algunas de las causas esgrimidas en "La sexualidad femenina" (Freud, 1931) para situar el desprendimiento de una hija de la madre son: las relaciones amorosas fracasadas al chocar con inevitables desengaños, ocasiones aptas para la agresión, el temor arcaico de ser muerta por la madre, justifica a su vez los propios deseos de muerte contra la madre, las seducciones originarias, un amor desmesurado que reclama exclusividad, pero que es incapaz de alcanzar plena satisfacción

y por ende condenado a terminar en una nueva defraudación.

Sin embargo, el lazo amorosamente preedípico instala a una fémina en un duelo imposible de calmar. La niña se decepciona de la madre, pero por algún motivo, no es una decepción duradera, dura un tiempo y ya está nuevamente esperanzada.

Es decir, Freud plantea un duelo que una hija lleva de por vida, imposible de calmar; este duelo instala a la hija en relación a la madre en “una demanda oceánica”, jugada en términos de una demanda de amor cada vez más codiciosa que sucumbe a la represión, inalcanzable, de ahí esa demanda de amor incondicional que se le reclama a una madre y que nunca alcanza a cubrir.

Entre espejos y miradas

Por lo tanto, en el caso de la niña, arduo será el camino de separarse de su madre como el tránsito hacia la feminidad. Una mujer no nace, se hace, se va construyendo; no tiene identificación, tiene identificaciones que revelan la imposibilidad de definir un modelo femenino. Para su ser sexuado no existe, como existe significativo de lo viril para el varón. Nadie, ni siquiera un padre, puede donar el significativo del “ser mujer”.

Arduo será el camino para apropiarse de su cuerpo, de su nombre y de su deseo.

La niña al igual que el varón entra en el goce fálico, no puede identificarse como mujer en su padre, que le ofrecerá solamente el falo, ni encontrará socorro en su madre, que no permite

aún definir la feminidad que en principio es fálica.

¿Quién transmite la feminidad? ¿Cómo se transmite? Madre e hija se comprenden más o menos en el espejo.

Esta identidad de cuerpos determina una fragilidad de la separación a nivel imaginario

Identidad que dependerá de la respuesta de la madre, una madre que puede albergar o expulsar. Etapa estructurante que comienza en el estadio del espejo.

En el estadio del espejo el niño realiza una primera apropiación del cuerpo que es posibilitada por la visión de la imagen de su cuerpo en el espejo. Así anticipa la unidad y el control de la motricidad de su cuerpo. Esta experiencia es una identificación.

El niño se vuelve hacia quien lo sostiene solicitándole una mirada. Esta mirada es signo de la presencia del Otro. Es la del reconocimiento de la imagen que ya estaba.

Para que el niño pueda identificarse a su imagen es necesario que la mirada de la madre lo sostenga. Es decir que la madre acepte ser vista separada de él y mirándolo.

A esta segunda etapa para todo niño se agrega, para la niña una operación segunda por la que se juega el destino de cuerpo-de-mujer (Alderete de Weskamp, 2005).

En este segundo tiempo del espejo, la madre le otorga no sólo unidad a ese cuerpo sino también reconoce o no la imagen de su hija, a la vez separada de la suya pero siéndole parecida. Etapa que no es sin fallas, de ahí que como subraya Gene Lemoine “Una mujer permanece más o menos cautiva del espejo” (Lemoine, 1986).

Esa otra del espejo es la que va a dar -en el mejor de los casos- la posibilidad de identificarse con ciertos rasgos femeninos, que comienza en la infancia pero que tiene que ser refrendado en esa segunda vuelta del despertar sexual.

Funciona como un sistema de espejos, encontrar un cuerpo como el suyo, pero sin embargo diferente, verse en la hija rememora su propia posición de hija, riesgo de quedar perdida en un juego de espejos con su propia madre.

Así habrá posibilidad de identificarse a una madre, posibilidad de identificarse a una mujer. La experiencia clínica indica que es sumamente notorio cuando estas identificaciones faltan. Cuando están, pareciera que el acceso a ellas en el curso de un análisis pasa por reconocer a una madre deseante, sometida a la ley simbólica,

Madre a su vez mirada por un hombre, quien oficia de sostén y de separación. Es necesario, por lo tanto la mirada de un padre para terminar de conformar el cuerpo de una mujer, que la reconozca como linda, que pueda separarla de la fusión devorante con la madre. Esa mirada será la que permita la apropiación simbólica del cuerpo como sexuado, en cuanto mujer.

Desde Lacan

Para Lacan hay una discontinuidad radical entre mujer y madre.

El deseo de la madre devendrá obstáculo al goce femenino. Es la feminidad la que la mayor parte de las veces se sacrifica en aras de la maternidad y que retorna con los peores efectos sobre la madre y los hijos. Mientras el deseo de

la madre tiene al hijo como objeto, el goce de una mujer no tiene objeto, se dirige al Otro, pero a su falta.

Ahora bien, cuando el goce femenino se vuelca en el hijo, ahí sí es incestuoso se transforma en “la boca del cocodrilo”.

Lacan, por su parte, pone el acento en el deseo de la mujer en la madre, deseo que permite hacer de ella no-toda madre, es decir no-toda para su hijos como nos señala Colette Soler (Soler, 2004) y pasar a un “más allá del Edipo”, donde sitúa a la mujer tachada, Otra, no toda ocupada del hombre o del niño.

¿Por qué la hija queda ligada a la madre toda la vida? A pesar de haber virado hacia el padre, contrariamente a lo esperable, la hija parece seguir esperando más subsistencia de su relación con su madre. ¿Qué es esta subsistencia que no deja de esperar de su madre?

Hay un desarrollo diferente al de Freud, que realiza Lacan en *El Seminario 4. La relación de objeto* (Lacan, 1956-1957) en el que señala la profunda insatisfacción experimentada por la madre en la relación madre-hijo.

Dicho así ya no es una decisión de la hija la de apartarse, sino que el deseo de otra cosa de la madre, el falo, la ha hecho perder un lugar. ¿No es éste el motivo del desencanto?

Ella como hija no completa a la madre, la madre quiere el falo. ¿Cómo se hace el duelo por esto? Una parte mediante el puerto de salvación que representa el padre; la otra parte insiste, queda sin resolver. Lo que significa que la pregunta persistirá ¿Podría haberla satisfecho a la madre? ¿Hubiera podido hacer algo distinto, ser distinta,

y entonces haberla satisfecho?

Aparece reiteradamente en la clínica la esperanza de que esta vez va a ser diferente, se va a acordar de mis cosas, vendrá a ayudarme, me reconocerá, etc.

Hay algo estructural en la relación entre madre e hija que implica un estado de desarmonía. Lacan se refiere a esta relación con el término “estrago”, devastación, *ravage*, ruina, que pareciera connotar negatividad que hay que intentar evitar.

Entre 1970 y 1975 se sitúan tres citas de Lacan sobre el estrago que permiten pensarlo desde otra perspectiva echando luz sobre ésta complicada relación.

La primera corresponde en *El Seminario 17 El reverso del psicoanálisis* (Lacan, 1968-1969). Refiriéndose al deseo de la madre dice que no es algo que se pueda soportar tal cual, siempre produce estragos. Es estar dentro de la boca de un cocodrilo, eso es la madre. Si bien es un lugar de alojamiento necesario para el sujeto, pero no es seguro. Lo que traba el deseo de la madre como incomprensible, loco, es el significante del nombre del padre.

La segunda cita pertenece a “*L’Étourdit*”, (Lacan, 1972):

“La elucubración freudiana del complejo de Edipo, en la que la mujer es pez en el agua por estar en ella la castración al comienzo, contrasta dolorosamente con el hecho del estrago que implica para la mujer, en su mayor parte, la relación con su madre, de donde parece esperar, en tanto mujer más subsistencia que de su padre, lo que no concuerda con su ser segundo en este estrago”.

Parece decir que la relación de la hija con la madre, en su mayor parte implica un estrago, y habría otra parte de la relación que quedaría fuera del estrago. Lacan señala en esta cita que contrariamente a lo esperable, la mujer sigue esperando más subsistencia de su relación con la madre, por lo tanto la demanda a la madre no se resuelve tan idealmente demandando un hijo al padre sino que hay algo de la demanda que persiste.

Y la tercer referencia es en la “Conferencia de Yale”, en la cual Lacan afirma esta tesis, dice: “La niña se halla en estado de desarmonía, de reproche con la madre”. No se trata aquí del cocodrilo que devora, hay también en la hija, algo que no marcha, que hace ruido, en su relación con su madre.

Es interesante la tesis de Marie-Magdaleine Chatel, quien en la misma línea postula que la psicosis se instala, por no haber estrago con la madre.

Tesis diferente a lo que comúnmente se piensa. Plantea que el estrago no debe considerarse como una desdicha, ni como un síntoma resultante de una mala madre, sino como una catástrofe que existe en el corazón mismo de la relación entre una madre y su hija, incontorneable desarmonía, radical disparidad debido a la similitud imposible.

Acentúa que ese estrago no puede ser atenuado por la vía del llamado al padre, marido o hijo. Los estados de rabia y desmesura que conocen madre e hija escapan a la agrimensura fálica. Tienen su origen en el exceso de proximidad, en la pasión de exclusividad amorosa que designa como “goce de la madre”.

Una hija sólo podrá convertirse en ma-

dre cuando haya atravesado el estrago por una forma de separación, de sustitución.

Hay un carácter estructural, aunque seguramente tendrá diferentes formas de manifestarse, distintas consecuencias: propiciatorias y devastadoras.

Si hay un estrago, ineludible entre madre e hija, podemos considerarlo como lo "Real del estrago" pudiendo articularse con que no tiene la clave de la femineidad que su hija le reclama. Este estrago real cumple la función de corte, una función simbólica que posibilita a la hija el viraje hacia el padre, y luego hacia el hombre. El encuentro con este estrago radical permite que la hija se desprenda de la madre, esto es lo simbólico del estrago. Es decir que debe haber desencanto para que la hija pueda virar hacia el padre y que hay resto de ese desencanto que se liquidará en la relación perdurable de odio y reproche con la madre. Desencanto con la correlativa percepción subjetiva que es el estrago

Podríamos situar lo imaginario del estrago como la versión más devastadora, más cruel, que es la que nos encontramos en la clínica, que coincide con la no aceptación de lo Real del estrago. Del camino transitado en esta relación dependerá, en gran parte los destinos de la sexualidad femenina.

Del duelo por la madre a la posición femenina

Serán necesarias sucesivas vueltas del análisis, o de la vida, para que esta poderosa ligazón-madre se vaya a pique.

Avanzar sobre esta primera relación

con la madre sería encontrarse con la castración del Otro primordial. Aceptar dicha castración implicaría aceptar la propia.

Hay una insistencia en los testimonios de pasantes mujeres del desgarramiento, de la separación con lo "Real del cuerpo de la madre" (Alderete de Weskamp, 2005).

A modo de conclusión: a una posición femenina se arriba, se puede llegar en determinados momentos, no es una posición pura y acabada, sino la posibilidad de ir transitando el soportar no tener, no ser, el vacío, el no retener, soportar desprenderse del cuerpo de la propia madre, desprenderse del hijo. La circulación, la creación entonces es lo que marca la posición femenina. Lacan plantea que el sujeto se encuentra al final con el significante que le dio origen y la tesis propuesta es que también se encuentra al final con esa relación con el Otro primordial. Los testimonios de pasantes mujeres permiten el acceso a ese territorio que está más allá del Padre, más allá del Edipo, con ese resto de la ligazón-madre, ya por fuera de la ley.

El duelo de la madre vuelve aparecer en el fin de análisis y es necesario para disolver aquella vieja relación que una hija haya logrado despojarse del odio y de la decepción, a veces olvidada, a veces vigente, para poder acceder a la intensa relación que alguna vez tuvo con su madre, ésta sí profundamente reprimida y olvidada.

En el duelo por la madre hay varias vueltas: aceptar no ser el falo de la madre, que no es posible tenerlo -necesario para "duelar" los otros objetos- y la aceptación de la castración primordial, que haría posible el fin de análisis.

Esto abre el acceso al lado femenino, que será un modo de decir del empalme, ése en el que el analizante pasa a analista. Un modo de decir de la posición del analista en tanto posición femenina.

El neurótico anclado en la castración imaginaria hace de ella un bastión para evitar el duelo por ese lugar imaginario con el que obturaba la falta en el Otro y debe dejar caer la consistencia que eso le brindaba, soportando “el dolor de ya no ser”. Entonces advierte que la castración es incurable y que se puede servir de ella para avanzar más allá.

En la diacronía del análisis, Lacan ubica un tiempo después del análisis, es un tiempo en donde el análisis continúa. En “*L’Étourdi*”, habla del pase como un duelo, como el momento que supone la caída del objeto. Dice: “El duelo dura tanto tiempo cuando el analista continúa causando el deseo”. Y añade después que el duelo se acaba.

Se trata que este saldo incurable que deja la separación de la madre, que se abona siempre con un sacrificio, se tramita vía el don -es decir en la vertiente simbólica- y no con el suplicio del cuerpo. El síntoma, como formación del inconsciente, será uno de los caminos posibles del trabajo de duelo. Quizás sea por medio de una identificación parcial y sintomática, una manera de recuperar algo del objeto perdido. Se trata de la identificación a un rasgo significativo que supone un enmarcamiento.

Quizás esta forma de tramitar el duelo podamos aplicarla al desprendimiento de la figura materna, pero recuperando a través de algún rasgo significativo

algo de ella, cuando se sorprende en un gesto, un dicho que pertenecía a su madre y dice ya sin horror o bronca “igual que mi madre” y lo acepta ya sin necesidad de seguir peleando.

El deseo del analista

Al final del análisis se abre el acceso al lado femenino, que será un modo de decir del empalme, ése en el que el analizante pasa a analista. Un modo de decir de la posición del analista en tanto posición femenina. Un encuentro con la insensatez de un goce que abre a la dimensión de lo femenino, de Otro goce, ese que dará singularidad a su deseo del analista.

Poder transitar estos momentos: soportar no tener, no ser, soportar el vacío, que no hay hijo que colme, esto es la posición femenina. Si el analista no está en posición femenina, en determinado momento, más allá de su sexo, no hay fin de análisis.

La posición femenina no retiene, deja ir, porque conoce la castración.

Posición femenina y posición del analista que presentan puntos convergentes, pero también diferentes. El analista hará soporte del objeto *a*, posición de la cual también caerá y esta posición es estructuralmente muy similar a la posición femenina, pero mientras ella si se identifica al objeto *a*, será esclava, sometida al rol que le asigna el fantasma masculino. Si no lo hace, puede jugar a ser objeto *a*, por momentos, permitiendo así el abordaje desde el otro sexo, situada en lado derecho de las fórmulas de la sexuación, tendrá acceso no sólo al goce fálico sino al goce suplementario, goce de la

falta, el goce llamado femenino. El analista soporta el lugar de *a*, pero allí suspende su goce. ¿De qué manera? Por estar sostenido en el deseo del analista. Si así no lo hiciera, podría muy gozoso ser objeto *a* del fantasma que allí se construye, volviendo el análisis interminable. Por lo tanto, la posición femenina está en el fin de análisis, pasaje del discurso de la histeria al del analista, pasaje de analizante a analista. La posición femenina no es algo logrado, que no se alcanza de una vez y para siempre, siendo sólo momentos imposibles de sostener en forma permanente. Un sujeto advertido de sus marcas imprimirá su estilo, estilo del fin de análisis. Acto de creación, de invención, en soledad, que le permitirá un modo singular de hacer, de vivir, de amar, de desear, de analizar. Tal vez entonces la pulsión conozca otro destino y el odio también: el acceso a un Nuevo Amor donde finalmente ese resto de ligazón-madre encontrará una verdadera pacificación. Algo allí hará *sinthome*, una ligazón diferente, pudiendo transformar esa marca de goce materno en deseo de analista.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ALLOUCH, J. (1994) *Erótica del duelo en el tiempo de la muerte seca*, E.D.E.L.P, Buenos Aires, 1994.
- ALDERETE DE WESKAMP, M. (2005) *Lo entrañable de la posición femenina y el fin del análisis*, Editorial Escuela Freudiana de Buenos Aires, Buenos Aires, 2005.
- CANCINA, P. (2004) Relato de su experiencia de pase. E S F de Rosario, 2004.
- DOMB, B. (1996) *Más allá del falo*, Lugar Editorial, Buenos Aires, 1996
- FREUD, S. (1931) "La sexualidad femenina". En *Obras Completas*, Amorrortu editores, Vol. XXI, Buenos Aires, 1997.
- FREUD, S. (1933) "La femineidad". En *Obras Completas*, Amorrortu editores, Vol. XXII, Buenos Aires, 1997.
- FREUD, S. (1924) "El sepultamiento del Complejo de Edipo". En *Obras Completas*, Amorrortu editores, Vol. XIX, Buenos Aires, 1997.
- FREUD, S. (1923) "Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia sexual anatómica entre los sexos". En *Obras Completas*, Amorrortu editores, Vol. XIX, Buenos Aires, 1997.
- GEREZ AMBERTÍN, M. (2005) "El incurable luto en psicoanálisis". En *Revista de Psicología*, Belo Horizonte, Brasil, 2005.
- HARTAMANN A. (1993) *En busca del niño en la estructura*, Manantial, Buenos Aires, 1993.
- HARTMANN, A. (2006) Curso de Doctorado: "Lógica de la cura: las marcas tempranas en niños y jóvenes". Seminario dictado en la UBA, 2006.
- HENRICH, H. y otros (1997) *Sobre madres e hijas*, Seminario dictado en la Escuela Freudiana de Buenos Aires, 1997.
- LACAN, J. (1956-57) *El Seminario 4 La Relación de objeto*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2004.
- LACAN, J. (1956-57) *El Seminario 5. Las formaciones del inconciente*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2004.
- LACAN, J. (1962-1963) *El Seminario 10. La angustia*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2004.
- LACAN, J. (1968-1969) *El Seminario 17. El reverso del psicoanálisis*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1992.
- LACAN, J. (1972- 1973) *El Seminario 20. Aún*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1988.
- LACAN, J. (1974) "El Seminario 22. RSI". Inédito.
- LACAN, J. (1975) *El Seminario 23, El sinthome*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 2006.
- MISSORICI, A., "Marca de analista: De la ligazón madre al lazo inédito". Testimonio del pase.

Buenos Aires.

POMMIER, G. (1986) *La excepción femenina*, Alianza Editorial Buenos Aires-Madrid, 1986.

SOLER, C. (2004) *Lo que decía Lacan de las mujeres*, Editorial No Todo, Colombia, 2004.

SOLER, C. (1988) *Finales de análisis*, Editorial Manantial, Buenos Aires, 1988.

NOTAS

¹Hipótesis sostenida en la investigación en curso correspondiente a mi tesis de doctorado "Finales de análisis en las mujeres"

RESEÑA CURRICULAR DEL AUTOR

Lic. en Psicología - Psicoanalista. AME de la Escuela Internacional de Foros del Campo Lacaniano. Docente de la carrera de Psicología. UBA. Investigadora UBACyT. Doctoranda. UBA. Autora de diversa publicaciones en libros y revistas

E-Mail: ffarias@fibertel.com.ar